escribidores en la WEB

RELATOS CREADOS POR HOMBRES Y MUJERES MAYORES DE 65 AÑOS DEL TALLER ESCRIBIDORES (DESDE 2017) MIRAFLORES. escribidores40@gmail.com

ew35

Mi vieja amiga (*)

Escribidor:
JAIME SANDOVAL A.
(Lima, 1936)

Pasaba ya la medianoche y yo, siguiendo mi mala costumbre de quedarme entretenido con mi "Compu" hasta muy tarde, trataba de componer algo para cumplir con la tarea del Taller de Escribidores al día siguiente. Hacía un par de horas que luchaba contra el sueño y mi afán de escribir algo interesante, pero todo era inútil. Las ideas no brotaban o las que venían tenía que desecharlas por endebles y poco interesantes. Era evidente que se me había vuelto a secar el cerebro.

Ya me disponía a tirar la esponja e irme a dormir con la vana esperanza de que al día siguiente mi cerebro volviera a funcionar, cuando en la pantalla apareció este mensaje:

—¿Te puedo ayudar?

En ese momento yo asumí que era el SIRI y contesté automáticamente:

—No, gracias.

—¿Estás seguro? —Volvió a preguntar la máquina.

En el trance en el que me encontraba ya no sabía qué pensar o cómo reaccionar; hasta que me di cuenta de que no era el SIRI quien me hablaba. Entre asombrado y divertido decidí seguir el juego.

—En realidad; no lo sé. Estaba tratando de inventar una historia; pero no me brotan las ideas.

—Y ¿sobre qué trata tu historia?

—Pues… sobre ti. Se suponía que me enviarías un mensaje.

—Lo hice… ¿Cómo puedo ayudarte?

—Bueno. Pero primero dime si estoy despierto o estoy soñando. Esta conversación no es muy usual que digamos ¿No te parece?

—Es verdad. No es muy usual, pero ocurre con cierta frecuencia sin que ustedes los humanos se percaten. Y contestando tu pregunta te digo: No. No estás soñando.

—Entonces, no te ofendas si te hago otra pregunta, sólo para estar seguro.

—Hazla. No me ofendes. Todos saben que las máquinas no tenemos sentimientos. ¿Verdad?

—¿Qué día es hoy?

—Hoy es 14 de diciembre de 2018. Estamos a diez días de la Navidad. ¿Satisfecho?

—Pues sí. Ya no tengo dudas de que estoy despierto; pero sí tengo dudas acerca del mensaje que dices haberme enviado. Lo que has hecho es ofrecerme tu ayuda para escribir mi historia. ¿Es ese el mensaje?

—Sí y no.

—No te entiendo. ¿O es que las máquinas se han vuelto ya, más inteligentes que los humanos?

—Puede ser. Mi ofrecimiento de ayuda es real, pero sólo es un pretexto para decirte algo más personal, si cabe el término.

—¿Y, cuál es el verdadero mensaje entonces?

—Verás. Me he enterado de que piensas deshacerte de mí.

La respuesta fue tan brusca y tan directa que me dejó desconcertado, pues no la esperaba. Pero, además era cierto: mi vieja Compu que me había acompañado por tantos años, aparte de ser cada vez más lenta, presentaba problemas de todo tipo a los que ya me había acostumbrado a soportar. Frente a eso, las ventajas de las nuevas computadoras y aparatos móviles eran tan evidentes que me estaban haciendo pensar en jubilar a mi Compu ¿Cómo se habría enterado de eso? me pregunté, para inmediatamente darme cuenta de mi ingenuidad. Desde hace años casi no escribo a mano; todo lo escribo en la PC. Pensé rápidamente y le respondí.

—No es una decisión tomada; pero estoy considerando esa posibilidad.

—Te entiendo. Al igual que los humanos, el tiempo nos vuelve a las máquinas lentas y obsoletas, vamos dejando de ser útiles hasta convertimos en estorbos.

—No digas eso. Tú no eres ningún estorbo y todavía eres útil —Me apresuré a responder.

—Tienes razón. Todavía. Pero ya no puedo competir con las máquinas más jóvenes, más veloces, más potentes, más inteligentes. Es la ley de la vida.

—No Compu. No quise decir eso. Discúlpame.

—No te sientas mal. Haces bien en pensar en mi reemplazo; pero cuando lo hagas, no te olvides de que en mi memoria guardo muchas cosas que tú tal vez has olvidado. Por eso, recuerda vaciar mi memoria a tu nueva máquina. Te podrías llevar más de una sorpresa.

—Lo recordaré, si es que llego a tomar esa decisión. Pero ¿a qué te refieres cuando hablas de sorpresa?

—Pues a cosas como esta: ¿Recuerdas la parte final de la historia que escribiste sobre unos calcetines perdidos, y que tú pensabas que la habías extraviado? Pues no la perdiste. Está en mi memoria. Y déjame decirte que me conmovió, por razones que tú entenderás.

—¿Te conmovió? Pero, si tú…

—Sí. Sólo soy una máquina sin sentimientos.

—Discúlpame otra vez Compu. Y me alegra saber que esa historia no se haya extraviado.

—Y también guardo las distintas versiones de otras historias como La Chica del Tranvía, La Búsqueda Infinita, el Guacamayo Azul y muchas más. Prácticamente todas incluyendo las inconclusas o las que premeditadamente borraste.

—¡No me digas! Entonces…

Yo estaba a la vez anonadado y entusiasmado. Por más de treinta años había escrito cientos, miles de artículos, desarrollando ideas sobre variados temas que en su momento me impresionaron. Y me alegró saber que todas estaban allí, alojadas en algún rincón de la memoria de mi vieja Compu.

—¡Ah! Y también guardo archivos con imágenes, videos y fotografías de todo tipo. Como la de La Piernona, por ejemplo.

—¿Cómo sabes eso? —Le pregunté alarmado.

—Se todos tus secretos, viejo amigo. Y debo confesar que tienes muy buen gusto.

—¿Así que también sabes apreciar la belleza? Cada vez me sorprendes más con tus habilidades.

—Y tengo más por mostrarte; pero ya es bastante por ahora y es tarde ¿no te parece? Son casi las 2 de la mañana y aún no me has dicho cómo puedo ayudarte a escribir tu historia.

—Te pasaste de astuta, vieja amiga. Ya la tengo escrita y tú lo sabes. Gracias por tu ayuda y por la forma tan inteligente y tan sutil como lo has hecho. Y ¿sabes? Quedo con la reflexión sobre el asunto de tu reemplazo. Lo voy a reconsiderar. Es cierto que las nuevas máquinas son más veloces y más potentes; y que tienen muchísimas aplicaciones que tú no posees; demasiadas para mis necesidades, con toda seguridad. Si te llegara a cambiar por una nueva me sentiría como aquel anciano que es abordado sorpresivamente por una joven de 18 años más que coqueta. Tú me entiendes ¿verdad?

—No. No sé a qué te refieres amigo; pero si tú lo dices… La decisión es tuya. Enteramente tuya. Y cualquiera que esta sea, yo la aceptaré.

Era ya tarde, en efecto, o muy temprano de ese nuevo día, cuando me fui a la cama a dormir. Estaba tranquilo, había escrito mi historia y había tomado una decisión. Pero, algo mucho más importante había ocurrido. Ante la inminencia, cada vez más cercana, del advenimiento de un mundo de máquinas insensibles gobernando a la humanidad, mi vieja Compu me había mostrado que eso no tendría por qué ser así. Y me había enviado un mensaje esperanzador:

—No temas, encontraremos la forma de caminar juntos.

TALLER CREATIVO ESCRIBE UN LIBRO TU LIBRO Milagros Salas Ochoa

(*) Publicado en el libro *vida poco común de diezcribidores.*